



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

Jh



DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Álvaro Herrero-Tejedor Jiménez de Andrade
Alumno del Grado Análisis de Negocios y
Grado en Derecho. Programa E-3 Analytics

Día 30 de mayo a las 19:00 horas

**Acto de Graduación del Curso
2025/2026**

DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Álvaro Herrero-Tejedor Jiménez de Andrade
Alumno del Grado Análisis de Negocios y
Grado en Derecho. Programa E-3 Analytics

RECTOR MAGNÍFICO,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES Y ALUMNOS,
QUERIDOS COMPAÑEROS Y PADRINO DE PROMOCIÓN,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Gracias por confiarme la oportunidad de dar voz a los recuerdos, sentimientos e ilusiones que creo que todos nosotros compartimos en este último día de universidad. Debería considerarlo un inmenso honor, pero diría que darme un micrófono y una audiencia expectante es, más bien, una imprudencia. Y digo imprudencia porque los discursos protocolarios no son santo de mi devoción.

Es por eso por lo que prometo a la audiencia, bajo pena de abuceo, huir de todo tipo de cliché; huir del gordo comodín de la final de la Champions para sacaros un par de sonrisas complacientes; y huir de cualquier tipo de agradecimiento insulso. Aunque creo que esto último no debería prometerlo, ya que esto trata de imprudencias y de huidas.

Permitidme que os cuente una historia. Os pido que os escapéis, que huyáis de esta tarde soleada de mayo y os trasladéis al futuro: a un domingo frío de noviembre de finales del siglo XXI. Una mecedora, una chimenea encendida y un tocadiscos sonando.

Un abuelo se levanta torpemente y se dirige a la mesa de su desordenado escritorio, en busca de una pluma y algo más de papel para redactar el capítulo más ilusionante de sus memorias. Decidió titularlo: *Los mejores años de mi vida*.

Sentado al crepitar de las llamas y dejándose llevar por lo que su memoria prodigiosa le iba sugiriendo, empezó a escribir:

“Leo, tras ese turbulento verano de segundo de bachillerato, empecé la universidad. El mundo, por aquel entonces, era muy distinto: la reina Isabel seguía reinando en Inglaterra; el grandísimo Carlos Alcaraz aún no había ganado ningún título; nadie sabía quién era Quevedo (y no hablo precisamente del poeta); no lo creerás, pero el Madrid solo tenía 13 Champions y el Barça y el Atleti tenían las mismas que hoy... Hay cosas que nunca cambian. El papa León XIV era obispo de Chiclayo y no existía la inteligencia artificial, que, por cierto, creo que redacta de maravilla discursos de graduación”.

El abuelo se rio. “Cómo han cambiado las cosas”, pensó. Dio un sorbo al vaso de agua, se acomodó en la mecedora, se remangó y murmuró: “Bueno, vamos al grano”. Siguió escribiendo: “Eran tiempos del decanato de Abel y virreinato de Miguel. El famoso bar Bergantiños, que más tarde desaparecería, se disputaba la cuota de mercado con El Gruñidor. Aunque Bergantiños servía más café, si El Gruñe tiraba más cañas. El mixto de la cafetería valía 1,20 €, antes de que una inflación galopante llevara su precio a niveles desorbitados.

Recuerdo con mucho cariño la calurosísima acogida del profesor Huidobro en nuestro primer día. Se retiró años más tarde, cuando salimos de la carrera, después de toda una vida dedicada a sus alumnos. Su impacto fue tan grande en nosotros que llegó a dar nombre a uno de los equipos más míticos y emblemáticos que jamás han disputado el Trofeo Rector de fútbol sala: los flamantes Huido Bros”.

Siguió escribiendo el abuelo:

“Los primeros años de la carrera pasaron muy rápido. Superamos los primeros periodos de exámenes, nos llevamos alguna sorpresa al conocer el verdadero rostro de nuestros profesores una vez desaparecieron las mascarillas, y algún alumno —que frecuentaba además los garitos más conocidos de la noche madrileña— supo lo que es pagar una mensualidad de más. Nos atrevimos, con la valentía del niño pequeño que finge estar dormido en la noche de Reyes, a poner a prueba el todopoderoso Turnitin. Nunca vieron mis ojos que una amenaza tan irreal y ficticia sembrara tanto el pánico entre el alumnado.

Pensándolo bien, aunque en el momento no me hiciera tanta gracia, agradezco que mis profesores pasaran la asistencia con tan rigurosa contabilidad. Siempre agradecí la dedicación y el entusiasmo con el que impartían sus clases. Fue un auténtico privilegio aprender de personas tan bien preparadas y entregadas al noble oficio de enseñar”.

Mientras escribía, la mente del abuelo le recordaba imágenes, sentimientos y detalles que había guardado en la memoria: los cafés por las mañanas, las conversaciones en el pasillo antes de entrar cinco minutos tarde a clase, las noches de estudio, los días y las noches de fin de exámenes, los intercambios, los meses de prácticas... La perspectiva que le daba el paso del tiempo le ayudaba a valorar cada vez más esos años.

El abuelo se dio cuenta de que en la carrera aprendió a dominar con absoluta maestría diversos artes que también le habían servido en su vida: el arte de la improvisación o *freestyle*, que le había ayudado a completar folios y folios de exámenes con ejemplos de jurisprudencia inventada; el arte de la picaresca, esa que le guiaba a echar una miradita de reojo al examen de al lado —por supuesto, únicamente para interesarse por cómo iba de tiempo su compañero—; y el arte de la planificación, poderoso arte ese que les había

permitido cuadrar todos los calendarios de exámenes de tal manera que terminaban dos días antes de la majestuosa Feria de Jerez.

El abuelo dio el último sorbo a su vaso de agua, dejó la pluma sobre el desordenado escritorio y cerró el cuaderno con un golpe suave. Su mirada se tropezó con una foto de su familia: de sus padres, de sus hermanos... Qué importantes fueron en su vida. Qué orgullo recibir su educación y qué agradecido estaba por todo lo que se habían involucrado en su vida. Les dedicó un guiño, sonrió con los ojos empañados, se recostó en la mecedora y contempló el crepitar de las llamas, sabiendo que, pasara el tiempo que pasara, esos años quedarían guardados para siempre en el rincón más cálido de sus memorias.

He querido dejar este capítulo sin cerrar porque, desde mañana y durante el resto de nuestras vidas, los únicos encargados de escribir el resto de la historia somos nosotros.

Hace apenas un mes, el día que nos despedimos de la universidad, cuando irrumpimos disfrazados en las clases manteando a nuestro jefe de estudios y entonando ese amable cántico dirigido a nuestros compañeros de ICAI —que cito textualmente: “son unos fritos los de ICAI, son unos fritos”—, en medio de ese ambiente de risas y celebración me detuve un segundo. Y ahí me di cuenta de lo mucho que hemos conseguido. Aquel grupo de desconocidos que se sentó un día en el Aula Magna, sin conocerse y con una mezcla de intriga, expectación y cierta inseguridad ante el futuro, hoy se despide como un grupo de amigos para toda la vida.

Más allá de los aprendizajes —mucho más allá— de esta carrera, de los exámenes, de los trabajos, de la excelencia que hace única a nuestra universidad, lo más valioso que nos llevamos son los amigos que están sentados a nuestra derecha y a nuestra izquierda: las personas a las que Dios

ha puesto a nuestro lado para compartir tantos momentos que nos han ayudado a crecer, madurar y disfrutar.

Permitidme la mención a mis compañeros de E3 Analytics. Doy gracias por haberos conocido, por ser cada uno de vosotros, con nombre y apellidos, los protagonistas del mejor capítulo de unas memorias que todavía tengo mucho tiempo para escribir. Puedo decir, orgulloso, que, como bien pronosticó un hombre muy sabio a inicios de la carrera, el Titanic finalmente no se hundió.

En esta nostalgia me acuerdo de una cita célebre del eminente jurisperito Benito Martínez Ocasio, más comúnmente conocido como Bad Bunny, en uno de sus hits: *“Debí tirar más fotos”*. En efecto, debimos quedarnos cinco minutos más en cada conversación, alargar aún más los cafés, hablar un poquito más en clase... porque nadie nos avisó de que un día cualquiera iba a ser la última vez que entraríamos juntos en el aula.

Ahora toca mirar al futuro con ilusión. Toda una vida apasionante en la que tendremos que poner en práctica todo lo que nos han enseñado, con la responsabilidad de quien mucho ha recibido. Ahora es momento de devolver al mundo todo lo que nos ha sido dado.

Ojalá seamos capaces de vivir con ilusión. Ojalá no nos cansemos nunca de hacer el bien a quienes nos rodean. Ojalá nunca nos conformemos con ser buenos profesionales, sino que luchemos por ser grandísimas personas. Ojalá que cada uno, desde su posición, podamos ser ejemplo de una sociedad que necesita personas nobles y virtuosas para crecer.

No pasemos por la vida de puntillas. Salgamos ahí fuera a dejar una huella imborrable, a liderar con el ejemplo y a demostrar que ser feliz merece la pena.

Vivamos con tanta pasión, con tanta entrega, con tanta nobleza, que cuando las décadas pasen y el tiempo haga su trabajo —y nos toque a cada uno de nosotros sentarnos en aquella mecedora, al abrigo de una chimenea encendida y con el susurro nostálgico de un viejo vinilo girando en el tocadiscos— podamos cerrar el cuaderno de nuestras memorias, mirar al fuego con una sonrisa limpia y decirnos a nosotros mismos que recorrer este increíble camino de vivir valió la pena.

Muchas gracias y enhorabuena.